



Por una Iglesia sinodal
comunión | participación | misión

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD
PARA LA SINODALIDAD



DESCRIPCIÓN

El presente documento ofrece una visión selectiva de los principales aspectos y recursos útiles para desarrollar una espiritualidad de la sinodalidad y del proceso sinodal.

Subgrupo de la Comisión de Espiritualidad:
Espiritualidad de la sinodalidad

Este texto ha sido preparado por los miembros del subgrupo de espiritualidad de la sinodalidad de la Comisión de Espiritualidad: James Hanvey SJ; Hna. María Kolbe Zamora OFM; Fra Giulio Cesareo OFM Conv; Rev. João Chagas Jr; y Maria Campatelli. El documento fue aprobado por la Comisión de Espiritualidad.

ÍNDICE

Introducción	5
Espiritualidad para la sinodalidad: algunos temas centrales	11
Practicar una espiritualidad sinodal: Desarrollar un <i>habitus</i> sinodal	25
Nuestra Señora del Camino - Theotokos Hodegetria	45

Celebrar un “sínodo” significa caminar juntos.
Yo pienso que ésta es realmente la experiencia
más maravillosa que podemos tener:
pertenecer a un pueblo que camina, que
camina a través de la historia junto a su
Señor quien camina con nosotros.
No estamos solos; no caminamos solos.
Formamos parte del único rebaño de Cristo
que camina unido.

(Papa Francisco, Francisco de Asís, 4 de octubre de 2013)

Introducción

Uno de los aspectos más significativos del Sínodo del 2023 es el reconocimiento que está inspirado y formado por una espiritualidad. El hecho de cultivar una “espiritualidad para la sinodalidad” nos ayuda a integrar nuestra reflexión teológica y ampliar nuestra experiencia de la Iglesia a medida que nos comprometemos más profundamente en el proceso sinodal. En realidad, a medida que los aspectos de una espiritualidad sinodal se nos presentan, podemos llegar a descubrir en ella los modos en que el Espíritu Santo ilumina la vida de la Iglesia, atrayendo a cada uno a un amor más profundo por Cristo y moviéndonos a desear una comunión, una participación y una misión cada vez mayor¹.

El propósito de este documento no es ofrecer un análisis detallado de la espiritualidad para la sinodalidad y sus fundamentos teológicos. Este importante trabajo debe realizarse, pero requiere un tratamiento más extenso del que es posible en este documento. En cierto modo, se espera que los fundamentos, la naturaleza y el significado de una espiritualidad para la sinodalidad puedan desarrollarse a la luz del propio proceso sinodal, aprovechando la experiencia de toda la Iglesia.

Sin embargo, en esta etapa puede ser útil ofrecer una visión general de los principales rasgos de una espiritualidad sinodal con la esperanza que pueda informar y ayudar al proceso sinodal. Además, se espera que el bosquejo de algunos rasgos y disposiciones centrales de una espiritualidad sinodal proporcione un recurso para aquellos que deseen reflexionar más profundamente sobre las dimensiones sinodales de nuestra vida eclesial.

¹ Sínodo de los Obispos. «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión». Documento Preparatorio, n° 1.

Desarrollar una espiritualidad para la sinodalidad: Muchos pueden preguntarse por cuál motivo es importante exponer una espiritualidad para la sinodalidad. La sinodalidad no es un elemento nuevo de la vida y la autocomprensión de la Iglesia. Es un elemento fundamental de la misma y ha estado presente en muchas formas desde sus orígenes². La sinodalidad es una forma de expresar quienes somos como cristianos y en qué nos estamos convirtiendo como Iglesia por obra del Espíritu Santo³. En cada etapa, es el Espíritu Santo quien renueva constantemente la Iglesia en comunión y la atrae cada vez más profundamente a una vida sinodal. Podemos reconocer que el Espíritu Santo actúa constantemente a través de la historia, y podemos observar un desarrollo en nuestra comprensión y práctica de la sinodalidad. Esto es especialmente significativo desde el Concilio Vaticano II, que instituyó el Sínodo de los Obispos y la práctica de las asambleas consultivas a nivel de las iglesias locales⁴.

Uno de los rasgos importantes que surgen para nuestra comprensión actual es que el sentido de la sinodalidad no es sólo una teología sino una práctica espiritual. De este modo, estamos invitados a explorar lo que podría significar una espiritualidad para la sinodalidad y el motivo que proporciona un recurso profundo para la vida eclesial, la comprensión y la reflexión teológica. Ser cristiano es tener una “vocación sinodal” y ésta crece a través de la vida espiritual⁵.

A partir de esta comprensión de la sinodalidad, podemos entender que una espiritualidad sinodal es una forma de vida o praxis que integra y vuelve concretos los

² COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL. *La Sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, (2018) n° 42.

³ Sínodo de los Obispos. «*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*». Documento Preparatorio, n° 16.

⁴ Esto también se encuentra en *La Sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, Capítulo I. Comisión Teológica Internacional (CTI) 2018. Además en: www.synod.va

⁵ CTI, n° 43.

tres elementos clave de la comunión, la participación y la misión. Esta espiritualidad previene que no intentemos separarlos en nuestra reflexión o en nuestra praxis.

Por esta razón, la espiritualidad para la sinodalidad se convierte en un *"habitus ecclesiale"*, que es fuente de renovación y dinamismo para la vida y la misión de la Iglesia. Es un modo de ser y de hacerse Iglesia. La espiritualidad para la sinodalidad nos hace descubrir de manera sorprendente las energías ocultas del amor, del compromiso, de la generosidad y del compartir que se encuentran en cada uno de nosotros, aunque algunas veces, estas vienen desatendidas y olvidadas: es una especie de "dote" recibida en el bautismo, aunque a menudo se olvida. En la medida que vivamos auténticamente el carácter sinodal de la Iglesia, esta se convierte en testimonio de la llegada del Reino de Dios para todos los pueblos, donde todos tienen un hogar, justicia, dignidad, reconciliación y paz.

El texto se divide en tres partes: Los temas centrales (I) y las prácticas (II) que desarrollan un *"habitus"* de una espiritualidad sinodal y, finalmente, una reflexión sobre María (III), que nos acompaña en nuestro camino sinodal.

La primera parte (los temas) intenta trazar algunas dimensiones y aspectos teológicos centrales que fundamentan la espiritualidad sinodal. La segunda parte (la práctica de una espiritualidad sinodal) expone y reflexiona acerca de algunas prácticas claves que nos ayudan a progresar hacia una vida sinodal. La espiritualidad consiste en algo concreto. A través de nuestras prácticas espirituales, nuestras formas de vivir, la vida en el Espíritu y los modos de relacionarnos con los demás se hacen efectivas y reales. Se convierten en una forma de vivir o en un *"habitus"* a través del cual expresamos nuestra fe y nos comprometemos con el mundo en el cual vivimos. La tercera parte tiene como tema central a María, la Madre de Dios, y ofrece una serie de reflexiones sobre María

que iluminan y acompañan el camino sinodal de la Iglesia.

Texto de reflexión. El criterio que se ha adoptado aquí es ofrecer un texto que fomente la reflexión, la oración y el compromiso, en lugar de uno que ofrezca una serie de proposiciones y argumentos, aunque sí estos pueden ser muy útiles. En este texto introductorio, nuestro objetivo principal es mostrar que existe una relación inseparable entre una espiritualidad sinodal y una teología sinodal. Ambas cosas no se deben separar, sino que deben informarse y plasmarse mutuamente. Con frecuencia, el Espíritu Santo opta por escribir una teología sobre las prácticas espirituales, los valores y las ideas que se expresan diariamente en la vida del Pueblo de Dios. También pueden reflejar la dinámica del proceso sinodal y la vida de la comunidad cristiana. En este sentido, a través de su escucha y reflexión, la Iglesia no solamente logra una experiencia más profunda de sí misma, sino que descubre que está radicada en la escuela del Espíritu Santo y está invitada a un momento más profundo de aprendizaje.

Dado el enfoque adoptado en el presente texto, un lector atento encontrará ecos en las diferentes secciones y párrafos. Sin excluir que a veces se corre el riesgo de repetirlos, pero nuestra finalidad es que ayuden a reconocer y captar algunos aspectos de la naturaleza dinámica e interrelacional de la experiencia sinodal. De una manera limitada, pero útil, puede permitirnos percibir que la sinodalidad no es sólo un concepto teológico, sino una espiritualidad, la realidad cotidiana del Espíritu Santo en toda la vida y la misión de la Iglesia. Este texto, sea en su estructura como en su presentación, intenta trazar los contornos de esa realidad pero, sobre todo, ofrece una invitación a cada lector que le permite entrar en la realidad de la vida sinodal de la Iglesia a través de su propia reflexión, experiencia y visión⁶.

⁶ Se espera que cada uno de los párrafos, aunque estén relacionados con un tema o dimensión principal, puedan también mantenerse por sí mismo. De este modo, la reflexión y la discusión pueden resultar útiles para la oración.

No es suficiente tener un sínodo, hay que ser sínodo.

La Iglesia necesita un intenso intercambio interno: un diálogo vivo entre los pastores y entre los pastores y los fieles.

(Discurso del Santo Padre Papa Francisco a los Prelados de la Iglesia Greco-Católica Ucraniana - 5 de julio de 2019)



Espiritualidad para la Sinodalidad

Algunos temas centrales



En este sentido, el punto de referencia es siempre nuestra **'situación'**: Esta inicia siempre a la presencia de Dios, la acción redentora de Dios en Cristo y la efusión del Espíritu Santo. Es decir, en cada vida e historia se manifiesta la acción amorosa y redentora de Dios, como fundamento de la dignidad y de la vocación de cada ser humano, y nos sitúa como parte integrante de la creación, orientándonos a la reverencia, al servicio y a la alabanza del Dios Uno y Trino. A través de esta perspectiva es que llegamos a reconocer nuestra necesidad personal y eclesial de perdón y "metanoia"-conversión; el reconocimiento de nuestro fracaso y nuestras vulnerabilidades; nuestro crecimiento en la **humildad** para confesar la verdad; la apertura a nuestra necesidad de la gracia de Dios⁷. En cierto modo, estamos viviendo una "Pascua cultural". La sinodalidad es un proceso de reflexión que trata de estar atento a las realidades de nuestro tiempo y a los deseos expresados en los complejos movimientos de la cultura humana⁸. Prestando atención a todo esto, la sinodalidad trata de discernir dónde actúa el Espíritu Santo en la historia, llamando a la Iglesia a una metanoia más profunda y a una apertura a las necesidades y anhelos de la humanidad por la paz y la gracia de Cristo.

Al centro de todo esto existe una necesidad de perdón y reconciliación. Sin

⁷ En el Discurso a la Quinta Convención de la Iglesia Italiana (10 de noviembre de 2015), el Papa Francisco identifica tres cualidades para un Humanismo Cristiano: Humildad, Desinterés y Beatitud.

⁸ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n° 4; 11.

importar la “situación” o el contexto de la Iglesia, siempre está dotada de la vocación a la misión, a confesar a Cristo y a ser ministros de la misericordia de Dios hacia todos los hombres y mujeres.

Parte del realismo de la Iglesia es el reconocimiento que ella no puede existir sin invocar el perdón y la misericordia de Dios. Esta verdad no es consecuencia únicamente del trauma y la violencia de los abusos y la corrupción (en múltiples niveles) que recientemente han salido a la luz⁹. El reconocimiento por parte de la Iglesia de la necesidad de perdón no es sólo una necesidad *ad extra* de credibilidad ante el mundo; sino que, es también una necesidad *ad intra* entre los responsables eclesiales en los diversos niveles de la Iglesia universal. **La sinodalidad tiene como punto de partida el perdón y la reconciliación ad intra.** Sólo, entonces puede ser un agente de gracia salvífica entre las culturas, los pueblos y las naciones. Sólo de este modo, acoge a todos como participantes iguales en la casa del Señor.

La necesidad de misericordia y de perdón también se extiende al pasado, sobre todo, por los modos en que la Iglesia ha sido consciente e inconscientemente, un agente de opresión. Al reconocer y confesar los numerosos modos con los que intentamos instrumentalizar la gracia de Dios para nuestros propios fines, la Iglesia crece en humildad, en apertura y, da testimonio de la verdad que sólo nos puede liberar. La Iglesia vive de la experiencia cotidiana de las palabras de San Pablo, “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 10,12; 1 Cor 1,26). Mediante la aceptación contracultural de la vulnerabilidad personal e institucional, la Iglesia puede convertirse realmente en un lugar de refugio para todos aquellos que viven las realidades de una

⁹ Sínodo de los Obispos. «*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*». Documento Preparatorio, (2021), n° 6.

vida vulnerable y precaria. La Iglesia reconoce que ella no puede asegurar su existencia a través de la acumulación del poder; por el contrario, sólo puede hacerlo a través de Dios, en quién está toda su fuerza y seguridad.

Comunión y misión. En el evento de Pentecostés, la Iglesia se transforma en la **nueva realidad de comunión - comunidad, que supera las antiguas alienaciones introducidas por el pecado personal y social** evidenciadas en forma impresionante en la historia de la Torre de Babel. **Una Iglesia sinodal evangeliza en y a través de la disposición misericordiosa y reconciliadora de nuestras relaciones.**

La espiritualidad de la sinodalidad da expresión a la misión, que se manifiesta mediante **la dinámica horizontal de la comunión entre Cristo y su pueblo dentro de la historia y la dinámica vertical de esta comunión que trasciende la historia.**

Desde aquí, inicia a revelarse la verdadera profundidad de la “comunión”. En **primer lugar, la comunión es una realidad Trinitaria**, es decir, una expresión del Dios Uno y Trino que es amor. Este amor se experimenta no sólo como fuente de todas las cosas, sosteniendo la vida de toda la creación en Cristo, sino que se revela y experimenta también como el amor personal de Dios que llega a toda la humanidad mediante el don salvífico de Dios. La capacidad de participar a la vida trinitaria de Dios se nos ofrece a través de la gracia. Esto tiene un doble significado. *En primer lugar*, Dios Padre derrama sobre cada uno de nosotros el mismo amor que ofrece desde toda la eternidad a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. *En segundo lugar*, no somos amados como si fuéramos ‘extraños’. Aún más, el Padre, por medio del Espíritu Santo, nos incluye en la misma vida de su Amor Trinitario. En Jesucristo, nos convertimos en una sola cosa con Dios: “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rm 8,17). Esta es nuestra dignidad, la razón de nuestra esperanza indestructible y la alegría de nuestra misión en el mundo.

La comunión como participación a la Vida Divina es la realidad que fundamenta toda la vida cristiana y, por lo tanto, la de una Iglesia sinodal. Esto significa que la comunión y la participación nunca pueden reducirse a un fenómeno sociológico, ni pueden sostenerse sólo en las estructuras institucionales.

El "más allá" del Espíritu. La Iglesia vive más plenamente la vida del Espíritu Santo en el proceso dinámico y mutuo de la comunión, la participación y la misión. Es la esencia de la "*kenosis* del Espíritu", es decir, es la entrega y el sacrificio del amor. Puesto que, a través de la *kenosis* del Espíritu Santo, Dios continúa saliendo a nuestro encuentro con la gracia de Cristo en nuestras historias fragmentadas y poniendo en evidencia nuestras ilusiones para que podamos ser sanados en todas las dimensiones de nuestra humanidad.

Es el Espíritu quien (a) realiza la recíproca naturaleza de la comunión, la participación y la misión; (b) las convierte en características esenciales de la vida eclesial, de modo que todos los miembros de la Iglesia están llamados a realizarlas en el ámbito local y universal; y (c) manifiesta la constitutiva naturaleza sinodal de la Iglesia.

Es el Espíritu Santo quien: impulsa constantemente la Iglesia "más allá" de sí misma hacia el *Magis* - el "siempre mayor"- que es Dios y su sacrificio redentor por la vida del mundo. Es en este mismo movimiento del "más allá" donde la Iglesia se convierte en "comunión en la diversidad". Aquí, cada uno encuentra su voz y su lugar; aquí, todos son reconocidos. La Iglesia se convierte en el "campamento del encuentro" (cf. Ex 33,7-10) donde Dios viene a encontrarse con su pueblo, el lugar de la acogida divina para toda la humanidad. El *magis* ilimitado del Espíritu se encuentra, precisamente en este lugar, donde la Iglesia se abre a Dios. Es a través del Espíritu que muchos se convierten en uno en Cristo sin incidir en ninguna pérdida de identidad (el principio Trinitario). En el Espíritu, la comunión se convierte en armonía y en nueva creatividad,

pues exige que pensemos y vivamos por amor en función de los demás. Esto forma parte del *habitus* más profundo que invita la sinodalidad.

No se trata de una visión *utópica* por la cual debemos luchar. Más bien, es una experiencia del don de la gracia que ya hemos recibido en el bautismo, una gracia que nos hace partícipes del Cuerpo de Cristo. Ésta se vive y se realiza en cada liturgia eucarística, donde adviene la integración diaria de nuestra vida y misión sacramental. De esta manera, la Iglesia sinodal puede hablar sobre la fragmentación, la alienación, la incertidumbre y la incerteza del tiempo presente. Puede ofrecer una nueva visión relacional para el futuro de una humanidad congregada en la vida del Dios Uno y Trino, en un futuro que ya ha comenzado aquí y ahora¹⁰.

La vida del Espíritu Santo nos revela las posibilidades de un mundo renovado y una creación renovada, del mismo modo, nos muestra cómo todas estas obras corporativas y espirituales del amor redentor ponen en acción la misión y la espiritualidad de la Iglesia sinodal, las obras y los actos que provienen de una espiritualidad sinodal. Esta da expresión a los sacramentos que sostienen y orientan la cualidad vocacional de toda vida cristiana, pues todos en la Iglesia participan en su misión, cada uno según la gracia que ha recibido. Pero, sin excluir todos los sacramentos de la Iglesia, podemos reconocer la importancia del bautismo y de la confirmación, de la eucaristía y de la reconciliación.

El bautismo fundamenta nuestra identidad común y nuestra participación en Cristo y en la Iglesia. Es el inicio cronológico y el fundamento de la llamada a ser uno en Cristo a través del amor que recibimos del Espíritu Santo y, que compartimos en

¹⁰ Explicado en la encíclica "*Fratelli Tutti*", Papa Francisco, 3 de octubre de 2020.

nuestra relación. Además, el bautismo es el origen que revela y “da el ritmo” a la vida cristiana. El bautismo constituye el “lugar” de nuestra participación como sus hijos a la vida del Padre. El Padre nos ofrece su perdón, pero, no es como un único acto que toca sólo nuestro pasado; al contrario, Él impregna toda nuestra vida con el agua de la misericordia. Por tal motivo, no sólo somos siempre perdonados (y perdonables) por Dios, sino que, en cierto modo, nos ofrece constantemente la oportunidad de vivir la misericordia y de compartirla con los demás. En este sentido, la Iglesia puede ser vista como la comunidad en la cual experimentamos y aprendemos constantemente - a través del don del Espíritu Santo (y a través de nuestros numerosos errores y pecados) - cómo vivir de acuerdo con este perdón a fin de que podamos ofrecerlo a los demás. Al mismo tiempo, la misericordia de Dios no excluye la justicia. Al contrario, como ya hemos visto, a través del reconocimiento de nuestros propios pecados y faltas, la justicia de Dios siempre abre un camino de esperanza, de arrepentimiento, de reconciliación y de crecimiento. Entonces, esta es la experiencia que constituye el modelo y el espacio vital de la vida de la Iglesia.

a. Además, el don del perdón, como experiencia de ser amados mediante un amor más fuerte que cualquier rechazo o negación, incluye toda la creación. De hecho, el mundo ya no es sólo una “cosa”, sino que es el lugar donde Dios llega a nosotros con su amor redentor; y este amor redentor llega a nosotros no sólo a nivel interior (o moral), sino que llega a nuestra carne, a nuestro cuerpo. Precisamente, a través de la invocación del Espíritu, la materia del mundo (como el agua del bautismo) se convierte en el lugar del encuentro de la humanidad con la gracia divina; nuestra materialidad se convierte en el lugar donde esta es siempre activa.

b. Como hemos visto, con el bautismo y el perdón, nosotros hemos sido incorporados como miembros en la vida trinitaria de Dios. No somos huéspedes o sirvientes a tiempo

determinado, y ni siquiera somos intrusos. El lugar del Hijo es nuestro lugar. Estamos en la casa donde hay muchas moradas (Jn 14,2). Mediante el bautismo, todos los miembros de la Iglesia tienen la misma dignidad; todos somos hijos del Padre y, como tales, no hay nada que pueda o deba añadirse a esta dignidad. Al mismo tiempo, esta comunión en la dignidad implica, en el ámbito de la propia Trinidad, las diferencias personales. Por lo tanto, la Iglesia es la comunidad que no teme ninguna diferencia social, cultural o de género, pues, es precisamente en estas diferencias donde se expresa la comunión. Nuestras recíprocas diferencias se convierten en disgregadoras sólo a causa de nuestros pecados. A través de la redención - la experiencia de ser uno en virtud de nuestra unidad en Cristo - las diferencias se convierten para nosotros en el "material" que nos permite vivir como una comunidad y un solo cuerpo. Esta toma de conciencia puede convertirse en un aporte cultural de la Iglesia como comunidad con quienes están más allá de sus fronteras. Compartir esta visión podría permitirnos conocer cómo fortalecer nuestros recíprocos y globales vínculos, sin detenernos en nuestras diferencias, sino, "en" y "a través" de esas diferencias.

c. La Eucaristía es "la fuente y la plenitud de la vida de la Iglesia"¹¹. En la Eucaristía, la Iglesia experimenta que está en la presencia del Padre, en la mesa del Cordero del Dios inmolado, pero vivo. Nosotros aumentamos nuestra semejanza con el Señor Jesucristo a través de la constante purificación de nuestros pecados, sobre todo, de nuestro modo de pensar y nuestra conducta mundana. En la Eucaristía, el Reino de Dios se nos revela ya presente y activo. En la medida que el amor fraterno, la amistad auténtica y el compromiso de sí mismo llenan nuestras relaciones e instituciones, la *epiclesis* (invocación) eucarística del Espíritu Santo continúa a manifestarse.

¹¹ Cf. Vaticano II. *Sacrosanctum Consilium*, n° 10; CTI, Sinodalidad... n° 109.

De hecho, la Eucaristía es el sacramento de la Iglesia porque es el Cuerpo de Cristo. Mientras celebramos la Eucaristía y participamos a la cena del Señor, la gracia de nuestro bautismo, a través de la cual somos miembros de su cuerpo, llega a su plenitud. Nuestro ser-uno-en-Cristo se alimenta y profundiza hasta colmar nuestra propia existencia y relaciones. Como dice San Agustín: *“Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois. A lo que sois respondéis con el amén, y vuestra respuesta es vuestra rúbrica. Se te dice: “El cuerpo de Cristo” y respondes: Amén”. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el Amén”*¹².

Desde esta perspectiva, nosotros podemos constatar que el sacramento de la Eucaristía alimenta en nosotros el dinamismo inaugurado por el bautismo, mediante el cual iniciamos nuestra participación como comunidad en la vida Trinitaria. En Cristo, compartimos su vida con el Padre y el Espíritu Santo. Nosotros somos ungidos por el amor del Espíritu Santo. La acción del Espíritu no es sólo “espiritual”, sino que influye también en nuestra realidad material y corporal. Por medio de la unción del Espíritu, toda la persona se siente involucrada; también el cuerpo experimenta esta gracia en el amor que compartimos con los demás, a través de cada experiencia de acogida y de servicio caritativo.

La Eucaristía configura, además el modo en que miramos el mundo y nos relacionamos con él, porque el mundo fue creado como “materia” de una Eucaristía universal, y la humanidad fue creada como sacerdote de este sacramento cósmico. Es así que, la Eucaristía determina nuestra actitud litúrgica hacia el mundo. Nos sitúa al

¹² Sermón 272.

centro del mundo y nos permite estar unidos en nuestro acto de bendición de Dios, de recibir el mundo de Dios y, al mismo tiempo, ofrecerlo a Dios, y, al colmar el mundo con esta Eucaristía/acción de gracias, nos permite transformar nuestra vida, la vida que recibimos del mundo, en una vida en Dios, en comunión.

La sinodalidad, como vida de la Iglesia, es un don que no podemos generar con nuestros propios esfuerzos o estrategias. Al contrario, es el camino progresivo de participación e integración en el único Cuerpo de Cristo que nos permite - como individuos y como comunidad o empresas - tener entre nosotros "la misma actitud que también es nuestra en Cristo Jesús", como dice San Pablo (Filip. 2,5). De hecho, la sinodalidad, a través de la única comunión - que existe con Cristo y con el prójimo -, nos introduce en el modo de pensar y en la actitud propia de Cristo. Por tal motivo, a pesar de nuestros pecados y fracasos, como Iglesia podemos ser, la presencia de Cristo que sana, consuela, cuida y conduce a sus hermanos al abrazo con el Padre. La Iglesia, unida al Cordero inmolado y como tal, descubre que la Eucaristía es el pan partido y ofrecido "por la vida del mundo" (Jn 6,51), para que "el mundo se salve" (Jn 3,17).

La vida de fe tiene implícita la belleza, siempre se evoca o se revela, de algún modo o en algún momento, en la experiencia de la sinodalidad. Es un signo seguro de la vida del Espíritu Santo que habita en nosotros. Esta belleza, que está presente en la fe, trasciende la razón y compromete la inteligencia del corazón y de la mente, pues la verdad posee su propia belleza. La belleza, sin embargo, no es mera armonía o equilibrio, sino que es fruto de la dinámica pascual en la que fuimos iniciados en nuestro bautismo. Dios, que es amor, es la única realidad que puede estar presente en las contradicciones de la historia, en sus tragedias e incluso en la muerte. Por esta razón, la humanidad-divina concreta de Jesucristo en el evento de la Pascua constituye

la gloria suprema de Dios que podemos interpretar como belleza. En el cristianismo, la única estética posible es la estética pascual, es decir, la estética de la tragedia y de la superación de la tragedia, del sacrificio y del fruto del sacrificio, del odio y del amor, en medio de ese odio que todo lo transforma en don, es decir que, la muerte y la resurrección de la vida surgen de la muerte.

a. La belleza es algo incomprensible, porque Cristo martirizado en el Calvario es el Cristo de quien se dice que es el más bello de los hombres.

Esto significa que es imposible pensar en la belleza únicamente en el aspecto de la forma. Tal paradoja es tan fuerte que no es accesible sin una luz que ilumine la mente: el Espíritu Santo. El *kalón*, que abarca a la vez la belleza y la bondad, se hace realidad con la destrucción del pecado. Esta destrucción, adviene a través de un sacrificio amoroso donde el mal, aunque desfigura, deforma y embrutece, no puede borrar la plenitud de la gloria que se manifiesta en su acción salvadora en ese mismo rostro desfigurado.

Al contemplar a Cristo crucificado, el Espíritu Santo nos revela que una vida impregnada de amor es una vida muy bella. Si la Iglesia es la comunión de los cristianos que buscan vivir su vocación bautismal, que es esencialmente, la vocación al amor, entonces, la comunión eclesial tiene mucho que ver con la belleza. La belleza es el don de la integridad espiritual que el Espíritu Santo comunica a cada persona. La belleza toca nuestra redención, pues es la vida humana que se asume en el amor. La belleza es la sabiduría de la vida verdadera; la belleza es el camino real que da acceso al Espíritu Santo y al mundo espiritual. Para el cristiano, la belleza se manifiesta no sólo (o incluso principalmente) en el arte, sino en la liturgia, donde recibimos esta “vida en el Espíritu” y en las múltiples formas de comunicar el amor a través del bien que cada uno

ejerce. Por medio de la vida interior del Espíritu Santo, cada cristiano se transforma continuamente en esta misma “coincidencia” en el tiempo y en el espacio; cada cristiano es transfigurado en una luz santificadora al servicio de toda la humanidad.

b. En la vida del bautizado, la belleza es un modo de vivir y de ser que revela la belleza de Cristo en nuestra carne y manifiesta su gracia redentora. En la vida cristiana, la belleza puede expresarse en imágenes y formas artísticas; o puede expresarse en la *poiesis* (creación poética) de la devoción y de la liturgia, que se sirve de lenguajes que van más allá de las palabras y de los conceptos; o puede estar en esos simples actos de amor y de integridad que nos restituyen nuestra humanidad. En todo esto, la Iglesia descubre que toda la gama de sus canales comunicativos, son fundacionales y constitutivos de su experiencia del Espíritu de Pentecostés, que es siempre creativo y que da testimonio de Cristo crucificado y resucitado en cada lenguaje humano. Ya sea, en los momentos de contemplación extasiada o en los momentos en que advertimos conscientemente los modos en que la fe se revela en la belleza, tocamos el borde del manto de Dios; el mal de nuestras almas y de nuestro ser se sana y vemos la gloria divina revelada en el rostro de Cristo (2 Cor 4,6; Jn 1,4).

Un aspecto positivo de este enfoque de la belleza es que no es restrictivo. Si se adopta un enfoque polémico, predominantemente conceptual o ético, surge una discusión que concluye con una dialéctica de opiniones.

Dado que la belleza está configurada por la fe y emana de ella, la belleza toca las raíces más profundas de nuestro deseo de Dios. La belleza nos interpela sin ambigüedad, sin engaño. Su autoridad es mucho más profunda que la razón. La belleza fascina, atrae y conduce a sus espacios, como señala Orígenes sobre la novia en el Cántico.

c. En todo esto, la belleza nos vincula a la comunión eclesial. Más que cualquier otra realidad espiritual, la belleza ayudará a la Iglesia a ir más allá de su expresión como mera institución, para que se manifieste, tanto en la historia como en el Reino, como cuerpo vivo. La sinodalidad, en cuanto constitutiva de la Iglesia, dará expresión a la belleza dinámica de la vida-comunión eclesial y a la santidad de la Iglesia.

La Iglesia sinodal está llamada a ser una **Iglesia ecuménica**¹³. La plenitud de la comunión que nos espera se anticipa ya en el proceso sinodal y en la realidad de la Iglesia universal, aunque sí reconocemos que es parcial e incompleta. Por esta razón, un elemento esencial del proceso sinodal es el ecumenismo, pues vive siempre del mismo deseo que Cristo expresó en su oración al Padre “que todos sean uno” (Jn 17,21). Se trata de una comunión dinámica en la que no se pierde la legítima diversidad de las iglesias, sino que se recogen y valoran sus dones, sus historias y su testimonio de Cristo para beneficio de todo el Cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo, el proceso sinodal es un proceso de arrepentimiento, perdón y reconciliación, ya que cada comunidad tiene en su memoria e historia las heridas de las divergencias del pasado, así como la promesa de la unidad futura. Cuando se reúne en comunión, la Iglesia sinodal de las iglesias se convierte en luz para las naciones que viven en conflicto en el mundo. El conflicto y la violencia pueden ser superados, nuestras historias pueden ser sanadas y reconciliadas para que podamos llegar a la plenitud de nuestra humanidad común, trabajando juntos por el bien de todos y, siendo responsables ante toda la creación en nuestra casa común.

La Iglesia camina hacia el Reino, pero al mismo tiempo está arraigada en muchos

¹³ Documento Preparatorio, Sínodo 2023, n° 30 párr. VII.

lugares. Desde el principio, la palabra "Iglesia" ha sido asociada a un lugar, o al sentido de pertenencia a dicha comunidad universal. En los lugares humanos concretos de Éfeso, Corinto, Antioquía y Roma, la "Iglesia" se relaciona siempre a la comunidad que pertenece a Dios, la comunidad que Dios ha rescatado con la sangre de su Hijo (Hch 20,28). Por esta razón, no utilizamos el lenguaje de "habitaciones" para hablar de las Iglesias de todo el mundo, sino que la describimos como, Iglesia "local", la "Iglesia en aquel lugar". La Iglesia de Dios llega así a toda la humanidad, penetrando en los lugares del mundo, convirtiéndose en ese lugar, mediante el bautismo, el perdón de los pecados y el don del Espíritu, en la comunidad de la reconciliación escatológica.

Cada una de estas Iglesias existe dentro de la diáspora y es parte del peregrinaje en su camino hacia el Reino, donde todos se reunirán desde "los cuatro ángulos" en una comunión final y completa que transfigurará la comunión parcial que ya existe.

Pues, cada Iglesia local está totalmente abierta a un horizonte escatológico, "el más allá" que la aleja de sus propios límites, del encierro en sí misma, incluso de los límites que le impone su encierro en la historia y el destino del lugar donde ha echado raíces. Ya que en cada una de las Iglesias se encuentra todo cuanto existe en todas ellas, y viceversa, en todas ellas lo que hay en cada una, forman la única Iglesia de Dios. Ellas de hecho no lo son en el sentido de que cada una aporta algo que podría faltar en la otra, pues cada una es idéntica a la Iglesia que Dios suscitó en Jerusalén el día de Pentecostés; la Iglesia que anticipa el Reino, como prenda y como primicia (2 Cor 1,22; 5,5; Rom 8,23; Ef 1,14), el Reino del Padre del que aún no tiene plena participación, sino que la espera en la fiesta de la comunión universal.



Practicar la Espiritualidad Sinodal: Realizando un Habitus Sinodal



Una Iglesia sinodal es una Iglesia contemplativa. Es una Iglesia donde las Escrituras y los sacramentos son centrales, pues son la escuela de una perspectiva abierta a la economía salvífica de Dios en todas las realidades de la creación, de la existencia humana y de la historia. La sinodalidad no puede realizarse ni sostenerse si no se fundamenta en la oración de la Iglesia y del pueblo fiel de Dios. La oración mantiene el corazón y la mente abiertos a todo lo que Dios realiza y desea para la humanidad y la creación; también alimenta y conforma la voluntad a fin de que, siempre procuremos desear y actuar según la voluntad y el proyecto salvífico de Dios. De este modo, cada oración es un don del Espíritu Santo que nos permite imitar a Cristo, pues toda su existencia es una oración.

La oración de la Iglesia, en los sacramentos y la liturgia, es también un encuentro con el Dios vivo que actúa en y más allá del tiempo. Es un momento de revelación en el que vemos lo que Dios ya ha hecho y en lo que nos estamos convirtiendo. Por tal motivo reconocemos que la Iglesia es depositaria de la memoria de la humanidad (de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser) y a la vez el testimonio de la esperanza que nos acompaña siempre a través de la gracia.

Una Iglesia sinodal es una Iglesia que escucha¹⁴. La Iglesia está atenta a todas las

¹⁴ Cf. Documento Preparatorio, Sínodo 2023, n° 32, párr. II.

modalidades de auto - comunicación de Dios; está atenta a los cambios del mundo y a las múltiples voces que se alzan en forma de lamento, protesta, súplica y testimonio. Una Iglesia que escucha y que está atenta a las múltiples narrativas de las vidas, las culturas y los pueblos. Se puede decir que es un lugar de hospitalidad narrativa. Para escuchar, primero, se debe ser consciente de todo lo que aporta, lo que hace que la escucha atenta sea algo más que "oír". Entonces, se debe comprender cómo la "escucha" es un acto de atención, un don y un reconocimiento del interlocutor; una generosidad voluntaria para dejarle hablar con su propia voz sin intentar determinar primero las categorías o traducir para hacer más cómodo y aceptable el desafío del que habla. La escucha es un don que nos pone a disposición del interlocutor. Conlleva un compromiso ético de caminar con ellos, pues una vez que atendemos a otra persona, hacemos que su vida y su historia formen parte de la nuestra. Especialmente, cuando elegimos privilegiar a aquellos cuyas vidas sufren la violencia de la pobreza y quienes sufren la presión del rechazo, o la marginación, o cargan con el peso de narraciones falsas y deformadas. Cuando escuchamos, también consultamos: buscamos realmente aprovechar la visión, la experiencia y la sabiduría de los demás. Escuchar es también consultar, es un acto recíproco de compromiso, ya que todos estamos implicados en la búsqueda común del bien al que nos llama el Espíritu Santo. Por esta razón, el discernimiento se caracteriza por la inclusión y la apertura.

Cuando "escuchamos", nos ponemos en *sintonía con la voz* de nuestro interlocutor, porque la voz que oímos, es la voz profunda del Espíritu. A menudo, esta voz no es accesible con palabras, pero igualmente nos habla, "la llamada del corazón al corazón" en la música silenciosa de Dios. Escuchar a ese nivel supone la libertad de estar disponibles a todo lo que el Espíritu nos pida o a lo que el Espíritu nos guíe. También pide que escuchemos con la inteligencia o la comprensión de la fe, para que Cristo y la Palabra de Dios se conviertan en la escuela donde aprendemos

a reconocer, comprender y apreciar aquello que hemos escuchado.

La Iglesia sinodal es una Iglesia que discierne¹⁵. La Iglesia es una comunidad que peregrina por el camino que Dios la conduce a través de la vasta extensión de la historia¹⁶. Para estar segura sobre el camino por el cual la conduce Dios, la Iglesia está siempre activamente comprometida en el discernimiento. Aunque puede implicar el mismo tipo de procesos intelectuales y reflexivos, puede distinguirse el discernimiento de la toma de decisiones prudentiales. El discernimiento es esencialmente un acto teológico; es el don de la sabiduría para ver todas las cosas en relación a Dios y para reconocer la voluntad de Dios cuyo fin es lograr el bien humano duradero revelado por Cristo¹⁷.

La oración: El discernimiento tiene siempre un contexto. Sin embargo, aunque las circunstancias en las que discernimos sean variables, la oración y la escucha permanecen constantes. La oración nos abre y nos dispone a esperar con atención la palabra de Dios. A través de ella, llegamos a reconocer el modo en que Dios está presente y activo en cada situación y en cada momento.

La oración del Señor, el Padre nuestro, la oración fundamental de la vida cristiana, es una oración que pide el don del discernimiento: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Esta es la oración que Cristo vive no sólo en sus actos, sino también en su persona. Con estas conocidas palabras iniciales, nos ponemos a disposición del discernimiento:

¹⁵ Documento Preparatorio, Sínodo 2023, n° 32, párr. IX.

¹⁶ Concilio Vaticano, *Lumen Gentium*, Capítulo VII ss.

¹⁷ Cf. Filip 2,5; 1 Cor 2,16; Jn 16,13, Rom 8,26 ss. *Lumen Gentium* n° 12.

- Nosotros estamos orientados a Dios como la condición fundamental y el propósito de nuestra vida. Gracias a nuestra adopción, ahora podemos conocer verdaderamente la naturaleza y la profundidad de Dios, no como una deidad remota, sino como Abba, 'Padre' (Gal 4,6).
- Conocer y amar a Dios es hacer su voluntad. Esta es la plenitud que caracteriza la vida de cada persona y constituye la fuente última de la propia alegría. El discernimiento es un acto de fe: conocer, amar y confiar en Dios en todas las cosas y en todas las circunstancias de nuestra vida. En este caso, es verdad para los individuos, también lo es para la Iglesia, la gran comunidad de fe.
- Nosotros también llegamos a descubrir que Dios no tiene un objetivo solamente para nosotros, sino que es para toda la humanidad y, de hecho, para todo cuanto existe en la creación.
- Cuando nosotros realizamos esto, también cambian nuestras relaciones y nuestras responsabilidades. Nos convertimos en servidores y amigos de Cristo en la obra que consiste en sanar el mundo hasta que llegue a la plenitud de la vida según el plan redentor de Dios. Esta es nuestra forma de entrar en una nueva manera de entender y actuar, es decir, es el signo de nuestra conversión.

La expresión "*hágase tu voluntad*" no es sólo una oración; es más bien, un profundo deseo y compromiso. Ya sea en las cosas grandes o en aquellas mundanas de la vida cotidiana, cuando el Espíritu Santo recita la oración del Señor en nosotros, nuestro discernimiento se somete a la soberanía de Dios, se anuncia el Reino y se santifica el nombre de Dios en Cristo. Por lo tanto, el discernimiento forma parte de la vocación y la misión de cada miembro de la Iglesia y de la misma Iglesia. Nosotros lo pedimos cada vez que rezamos la oración del Señor, y nos adentramos cada vez más en su vida y en su servicio.

El discernimiento como sintonía: una metáfora. En muchos modos, podemos ver y apreciar el don del discernimiento en términos musicales. En muchas ocasiones, aprendemos a cantar cuando cantamos con otras personas. De ellas, aprendemos a reconocer las notas verdaderas o las falsas. Poco a poco, familiarizamos con la música e iniciamos, casi intuitivamente, a comprender cuando estamos en armonía. Así también, a partir de la familiaridad con Dios, podemos llegar a reconocer lo que es verdadero y lo que está en armonía con el proyecto de Dios y aquello que desentona o es una nota errónea. También aprendemos cuál es el modo de amar y actuar de Dios para la salvación del mundo a través de la nueva "música de la Cruz". En definitiva, el discernimiento es un acto de amor a Dios y al prójimo. Es el conocimiento que llega a través del amor. Al discernir en y a través del amor, podemos empezar a comprender la realidad en todas sus relaciones y en su destino final de participación en la vida trinitaria de Dios. El discernimiento es, por lo tanto, una apertura del corazón al amor y a la misericordia hacia todas las cosas. Como lo expresa San Isaac de Nínive (San Isaac el Sirio):

¿En qué consiste un corazón misericordioso? Es un corazón ardiente por toda la creación, la humanidad, los pájaros, los animales, los demonios y todo lo que existe. Mediante el recuerdo de ellos, los ojos de una persona misericordiosa derraman abundantes lágrimas. Por la fuerte y vehemente misericordia que se apodera del corazón de tal persona, y por esa gran compasión, el corazón se humilla, y uno no puede soportar escuchar o ver cualquier injuria o leve dolor de alguno en la creación. Por esta razón, una tal persona ofrece continuamente una oración cargada de lágrimas, aún por las bestias irracionales, por los enemigos de la verdad y por aquellos que la perjudican, para que sean protegidos y reciban misericordia. Y del mismo modo, la persona reza por la familia de los reptiles debido a la gran compasión que arde sin medida en el corazón que se asemeja a Dios¹⁸.

¹⁸ Homilía 81.

Pues bien, el discernimiento llega a través de la vida de la Iglesia, de la vida de fe de sus miembros, del ritmo de la liturgia, de la atención a la palabra viva de la Escritura y de la celebración de los sacramentos. En todos estos aspectos, la vida ordinaria de la Iglesia es para nosotros la gran escuela de discernimiento.

Concentrados en Dios, para mantenernos libres: Si queremos vivir en esta "sintonía" con Cristo que crea el Espíritu Santo en nosotros, debemos esforzarnos en mantener a Dios al centro de nuestra vida: su "*cantus firmus*". Por eso, el discernimiento es siempre un acto que está centrado en Dios; está guiado por el amor a Cristo y por nuestro deseo de profundizar en el servicio a Él y de edificar su Cuerpo, que es la Iglesia. Esto se manifiesta directamente con nuestro amor a Dios, que ordena todo nuestro ser hacia Dios y hacia su obra salvadora revelada en Cristo y en la vida del Espíritu Santo.

El discernimiento en libertad. El discernimiento requiere libertad: la libertad de servir a Dios y al prójimo y la humildad para reconocer y aceptar la libertad que Dios nos da de comprometernos a servir o no hacerlo. Así, todo intento genuino de discernimiento comenzará por examinar hasta qué punto somos libres y pedir la gracia de ofrecer nuestra disponibilidad. Aunque nuestros deseos, pensamientos y agendas estén en el contexto en que buscamos conocer lo que Dios nos pide, estos no pueden ser nuestro objetivo principal. Sea a nivel individual que comunitario, es necesario reconocerlos y comprender cómo nos afectan para poder juzgar si son mejores y nos ayudan o dificultan nuestro proceso de discernimiento: ¿Nos impiden escuchar y comprender? ¿Nos ayudan a ser más abiertos y receptivos con respecto a las señales a través de las cuales Dios nos habla? ¿Necesitamos primero ser reconciliados y perdonados antes de ser libres para emprender el camino del discernimiento, o tal vez esta sea una de las gracias que recibimos durante el propio proceso? ¿Estamos

preparados para ello?

Independientemente, de cómo juzguemos nuestros deseos, pensamientos, agendas e historias, necesitamos la gracia de la libertad para sacrificarlos o transformarlos en caso de que no nos ayuden a encontrar la voluntad de Dios. Ciertamente que nuestro discernimiento será incorrecto si nos falta la libertad de ponernos a disposición de Dios.

En este sentido, el discernimiento consiste en dar a Dios la libertad de pedirnos lo que sea necesario para el servicio divino.

Durante todo nuestro discernimiento, siempre tendremos que buscar esta libertad, pedir la gracia de una intención correcta y un objetivo bien definido. Sin esto, siempre existe el riesgo de intentar hacer de Dios nuestro servidor. En tal caso, el discernimiento se convertiría en una especie de blasfemia.

La humildad: Por esta razón, todo acto de discernimiento, ya sea personal o comunitario, tiene como punto de partida la humildad. Es la piedra angular del misterio pascual y, al caminar juntos con esta disposición de humildad, caminaremos también en la humildad del Señor crucificado y resucitado. De hecho, el discernimiento debe ser enseñado y guiado por la sabiduría de la cruz. Por eso, no se teme ser insensato a los ojos de un mundo incomprensivo. Sólo se debe desear ser partícipes en la obra de Cristo crucificado y resucitado, para liberar y abrir canales para la vida nueva del Espíritu Santo, a fin de que la humanidad y toda la creación "tengan vida y la tengan en abundancia".

Si la humildad se basa en la comprensión que todo cuanto poseemos nos ha sido donado, también reconoce que necesitamos la gracia de Dios para iluminar nuestros vínculos con el pecado y liberarnos de ellos. No sólo el pecado entra en nuestra forma

de actuar, sino que también distorsiona nuestra forma de conocer y juzgar. Podemos ser víctimas de ilusiones que parecen ser buenas. Estas son solamente obstáculos si no las reconocemos. Por lo tanto, el discernimiento requiere un compromiso con la verdad y la transparencia. De ello se desprende que, también será receptivo a otros que puedan tener las ideas que necesitamos para guiarnos. Esto ocurre especialmente cuando estamos comprometidos en un discernimiento comunitario. En este caso, necesitamos abrirnos a la sabiduría de la tradición y a la verdad que la Iglesia tiene en sus enseñanzas y en su vida común. Es importante poseer la humildad de admitir que nos equivocamos o que hemos entendido mal, y que necesitamos humildad para cambiar, de modo que podamos estar más abiertos al llamado de Dios.

La dimensión eclesial de la humildad para el discernimiento. Todo discernimiento, incluso cuando se trata de un asunto o una opción personal, se hace en y con la comunidad de fe; es un acto implícitamente eclesial. Cualquiera que sea el resultado particular del proceso de discernimiento, conducirá a una fe más profunda en la Iglesia y en su misión. Esta será una de las características de un verdadero discernimiento.

Sin embargo, es importante para el discernimiento reconocer que cada miembro de la Iglesia es a la vez discípulo y maestro, pero, debe estar inscrito como discípulo en la escuela del Señor para lograr ser maestro. Cuando la condición de la enseñanza es la humildad para aprender y continuar, también podemos ver cuán amplias y profundas son las implicaciones para la vida eclesial. Es verdad que, todo obispo es a la vez discípulo y maestro, lo es también todo sacerdote y padre de familia, más aún, es todo aquél que enseña con el testimonio de su vida¹⁹. Esto no sólo requiere la humildad que es una condición previa de todo auténtico aprendiz, sino también

¹⁹ Cf. *Episcopalis Communio* n° 5

una apertura que se esfuerza para ser libre del miedo, la ambición, el prejuicio y la ideología que pueden impedir la acción de Dios en el mundo y deformar nuestra lectura de los “signos de los tiempos”²⁰.

La calidad de nuestro discernimiento y de las decisiones que surgen de él pueden juzgarse por el modo en que este construye la Iglesia, profundiza su comunión y su misión. Todo ello, no debe disminuir la creatividad, la libertad y la audacia (*parrhesia*) para ser dóciles y seguir hacia donde nos conduce el Espíritu Santo para dar a conocer y amar a Cristo²¹. La llamada de Cristo nos protege siempre para “remar mar adentro...” (Lc 5,4). En cada etapa, el discernimiento y sus frutos estarán gobernados por una humildad que busca el bien de todos. Esto significará que, a veces debemos esperar con paciencia y con comprensión amorosa para permitir a todos participar en paz y confianza. A diferencia de otros procesos de toma de decisiones, el discernimiento como tal, no puede funcionar bien, si se impone un punto de vista o una determinada forma de actuar. Al interno de cada comunidad, las personas tendrán diferentes capacidades y modos de ver las cosas; por tal motivo, no todos pueden avanzar al mismo ritmo (1 Cor 8,9). Una parte del crecimiento obtenido por el discernimiento comunitario es el respeto por los demás, el verdadero deseo de no descartar ni excluir ninguno, y la paciencia para esperar que todos estén preparados.

La humildad viene en la forma que elegimos escuchar y esperar. De hecho, la disposición que nos guía es la escucha receptiva que es generosa con el interlocutor que habla, incluso cuando uno puede estar en desacuerdo o desconcertado por lo

²⁰ *Gaudium et Spes* n.º 4; 11.

²¹ Documento Preparatorio, Sínodo 2023, n.º 32, párr. V.

que se dice o por la forma como se expresa. Tal escucha receptiva no tiene prisa; tratará de descubrir la perspectiva, la perspicacia, la verdad o el dolor de aquello que se dice y que a menudo no puede expresarse totalmente con palabras. Una disposición de escucha generosa, humilde y receptiva llega al otro y a la realidad que vive y experimenta. A menudo, esta será muy diferente de la nuestra, para esto debemos estar preparados para emprender un viaje, para inserirse en otro país, que es desconocido o donde no podemos sentirnos a nuestro gusto. Este es el camino de la encarnación y debemos estar preparados para descubrir que Cristo ya está allí, en el mundo del otro, esperando que lo veamos.

De esta manera, el proceso de discernimiento permite que la propia comunidad progrese en un conocimiento más profundo de sí misma, en la solidaridad y en el sentido de pertenencia al único Señor. Entonces, con la humildad, se obtendrán los grandes dones de la generosidad, la bondad y la mansedumbre para que, con paciente fortaleza, podamos soportarnos unos a otros, creando tiempo y espacio para que la confianza en los demás y la fe en Cristo puedan crecer y profundizarse (Gal. 6,1-5). Estos compromisos serán los signos que demuestran que la comunidad está viviendo esa libertad de gracia que es necesaria para discernir y cumplir la voluntad de Dios.

Gratitud y consolución: Cualquiera sea la tradición de discernimiento que adoptemos todo discernimiento comienza con la gratitud a Dios por cuanto ha hecho, está haciendo y hará: gratitud, sobre todo, por el don de Cristo y, por el Espíritu Santo que nos reúne, sostiene y guía en nuestro servicio a Dios y al prójimo. El discernimiento que emana de la consolución reconocerá que vive y está presente en la profundidad de la fe, la esperanza y el amor. Para ello, iniciará reconociendo estos dones ya activos en la vida de la Iglesia y de la comunidad. Todos ellos son signos seguros del Espíritu Santo que está presente, fortaleciendo la vida y misión de la comunidad. Sean cuales

sean las circunstancias, el discernimiento comenzará y continuará con la acción de gracias por estos dones. Reconocerá que son los auténticos dones con los que el Espíritu unge toda la vida cristiana y colma toda la Iglesia. Ellos ya son frutos del Reino aún oculto en el misterio, pero cuya promesa ya está cumplida y asegurada para nosotros en Cristo.

Si nuestro discernimiento no se fundamenta primero en las gracias que la comunidad (Iglesia) ya posee, correrá el riesgo de perder la memoria de la historia de la salvación que ha vivido y la experiencia de la presencia consoladora de Dios en su vida. Cuando esto sucede, el discernimiento caerá en la desolación. Además, se manifestará por una pérdida de fe en el proceso. Individualmente, o como comunidad, podemos sentirnos abrumados por la complejidad y los obstáculos aparentes; nos volvemos temerosos e inmobilizados, buscando garantizar nuestra propia seguridad, tentados de encontrar algún falso consuelo en las cosas o en nuestra propia construcción o conformándonos con menos de aquello a lo que el Espíritu Santo nos está llamando. En dichos momentos, experimentaremos un discernimiento depauperado por las luchas, amargado por los conflictos y las distracciones. Así, experimentaremos una pérdida de confianza, creatividad y paz espiritual.

En cualquier proceso de discernimiento, es importante reconocer estos tipos de desolación y sus motivos, ya que pueden mantener una comunidad en cautiverio (Gal 5:16-26). Cuando se reconocen y se aceptan, se abre el camino para regresar con profunda fe, conocimiento y amor a Dios, que es nuestra sabiduría y la fuente de todo consuelo.

El discernimiento necesita tiempo: Es obvio que, el discernimiento necesitará tiempo y nosotros debemos estar preparados para dedicarle el tiempo necesario. No se trata de una táctica dilatoria para evitar decisiones. Se trata más bien de

observar la dinámica dentro de la comunidad, su creciente libertad, la participación y la comprensión de sus miembros, su apertura a abrazar las posibilidades que se presentan.

Si bien, es necesario dar espacio, tiempo y oración para que el consenso crezca, debemos reconocer que este es fruto del proceso de discernimiento, pues es más que un acuerdo común sobre lo correcto de una determinada decisión o itinerario de acción. Ciertamente, reflejará una unión de la comunidad, pero consentirá diferentes niveles de apropiación, comprensión y percepción, como también la acción. Podemos descubrir que, en la comunidad eclesial, el consenso es el acuerdo y la cooperación en la acción para servir a la misión. No es la imposición de una uniformidad; y no negará la maravillosa interacción de la gracia y la naturaleza que configura nuestra existencia y nuestra historia.

Esta libertad dentro del consenso no destruye ni disipa la diversidad, sino que es la expresión común de la fe y la confianza, que además son fruto del discernimiento. Generalmente, en esto se evidencian tres aspectos:

En primer lugar, **la confianza en la autoridad competente** que, después de discernir con la comunidad, toma la decisión o la confirma. Esta es la gracia que pertenece al mandato. Está al servicio del Espíritu que trabaja en y a través de los ministerios necesarios que la comunidad necesita para sostener su viva comunión y misión en el lugar y en el tiempo.

En segundo lugar, una dimensión central de una comunidad en consolación respecto al resultado del discernimiento será **la paz**. De nuevo, esto reflejará un nivel más profundo de unidad que lleva el consenso más allá del acuerdo a una fe

común. Esta fe se fundamenta no sólo en la experiencia que el Espíritu Santo está presente y activo en todos los miembros, sino que es el **mismo** Espíritu que está actuando en todos los miembros de la comunidad, en los que ocupan la función de servicio y en aquellos que están llamados a servir. Sea cual sea la naturaleza final de la decisión discernida; todos los miembros están llamados a encontrar la paz en tal decisión.

En tercer lugar, **el consenso es la aceptación de una corresponsabilidad** ejercida por todos los miembros de la comunidad de acuerdo a la medida de la gracia que cada uno recibe para la vida de la Iglesia. La corresponsabilidad es la realización de la realidad profunda y dinámica de una participación y comunión vivida en la gracia del bautismo. Esta se caracteriza por el sentimiento interior de unidad y de paz. **Con la corresponsabilidad entra en juego la responsabilidad.** En el proceso de la sinodalidad, somos responsables los unos de los otros de cómo utilizamos nuestros dones y nuestras responsabilidades para servir a la Iglesia y su misión. Esta responsabilidad es también una expresión de nuestra humildad, de nuestra apertura que nos permita inserirnos con los demás, no en el poder ni la sujeción, sino en la comunión de iguales, pues todos los encargos y dones distribuidos están al servicio de Cristo.

Esta corresponsabilidad y responsabilidad actúa en la historia, se ejercita en relación con aquellos que nos han precedido (la tradición y las generaciones pasadas) y con quienes vendrán después de nosotros (la esperanza de las generaciones futuras). Así podemos empezar a vivir y apreciar todas las dimensiones de la comunión, la participación y la misión. En última instancia, es a Dios a quien debemos rendir cuentas.

Todas estas dimensiones provienen de la presencia del Espíritu en toda la

comunidad, que le permite vivir en **misión**. Esta se experimenta como una *koinonía* viva a través de la diversidad y el intercambio de dones que recibe de Dios. Además, reconoce que los dones o los carismas donados para el bien de la comunidad y su misión no pueden estar en competencia entre sí; la comunidad debe esforzarse siempre en vivir esta pluralidad dinámica de dones en la unidad que proviene del servicio de la misión recibida del Señor. De este modo, cualesquiera que sean las circunstancias y los desafíos a los que se enfrente la comunidad eclesial, lo hará desde la consolación. Mantener la comunidad en la consolación de la comunión, la participación y la misión es la característica del liderazgo y del servicio del Pueblo de Dios.

Discernimiento y sabiduría. El discernimiento es un acto sapiencial, a la escucha de Dios que actúa en la Iglesia, en todos los pueblos y en la creación. Es Dios quien escucha el grito de los pobres, de los que sufren y de los descarriados, y el grito de la propia creación. Es Dios quien conoce la violencia del mundo y las heridas que deja en el alma y en el cuerpo. Sin embargo, es el mismo Dios que, en Cristo resucitado y por el don del Espíritu Santo, nos ha dado una nueva comprensión del designio y de la obra de Dios (Col 1,15-21; Ef 1,3-23; Rm 8,31-39). De este modo, se hace activo y presente en cada época y circunstancia, es el futuro que viene a nuestro encuentro en Cristo y nos libera de los "camino sin salida" (de la muerte) de nuestras acciones y de nuestras historias. Con esta sabiduría asimilada a través de los ojos de la fe, nos convertimos en agentes del Reino de Dios que irrumpe, reconciliando todas las cosas con la paz y siendo mensajeros del reino de la vida. Aquí, empezamos a comprender que el propio discernimiento forma parte del proceso de la salvación, haciendo concreta y real la oración con la que empezamos: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

El discernimiento es el compromiso lento, paciente y profundo de servir a la obra redentora de Dios. Con él participamos a la misión de reconciliación, sanación, perdón y paz de Cristo.

Finalmente, cuando sentimos que hemos alcanzado la decisión, que hemos trazado un camino, o que hemos recibido la gracia que buscábamos, necesitamos dedicar **tiempo para confirmarlo**, tiempo para pedirle a Dios que lo confirme con un sentimiento creciente de consolación. Con ello, la energía y la voluntad de realizar aquello que se ha discernido serán también un signo que lo confirma. Asimismo, la aparición de los “frutos” no sólo en forma inmediata, sino también a través del tiempo. Sin embargo, la confirmación es también algo semejante a un proceso: mientras que la elección o la dirección pueden estar claras, su ejecución requerirá a menudo una adaptación y una revisión. Esto no se debe a que el discernimiento haya sido incorrecto, sino que se elabora en las circunstancias de nuestra vida y de nuestro tiempo. Así como los barcos a vela deben virar hacia las corrientes de viento para mantener el rumbo y llegar a su destino, lo mismo sucede con las modalidades de aplicación de nuestros discernimientos, sin perder nunca de vista la meta, que es el amor y el servicio cada vez mayor a Cristo y al mundo al que hemos sido enviados.

Después que ha discernido, la Iglesia sinodal iniciará con la oración de Cristo, el Padre Nuestro, pero también pedirá a María, la Madre de Dios, que nos enseñe como decir con sencillez, alegre confianza y abandono: “He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Dentro de la escucha y el discernimiento, que están íntimamente relacionados, está el reconocimiento de todos **los carismas que el Espíritu concede a la comunidad para la comunión, la participación y la misión** (cf. 1 Cor 12,4ss). Esta función eclesial es un carisma concedido para la unidad y la fidelidad de la Iglesia, y como garante de la verdad de la fe. No puede ser algo independiente de todo el Pueblo de Dios ni de los carismas que el Espíritu distribuye para las necesidades de la comunidad en cada tiempo y lugar. Los carismas del ministerio eclesial y los otorgados a todo el Pueblo de Dios no se oponen, sino que todos se realizan en vista del servicio de la

comunión y de la misión. La práctica de uno potencia y complementa al otro; no lo amenaza, ni lo disminuye, ni lo desvaloriza. La sinodalidad recupera esta reciprocidad y variabilidad de carismas y, por lo tanto, abre el camino para renovar y reordenar (redimir) las estructuras eclesiales y nuestra comprensión de cómo se da y se ejerce el poder dentro de la Iglesia. Se trata siempre de un don y no de un derecho; nunca está en competencia, sino que siempre trata de realizarse en el servicio. Por lo tanto, el poder en la Iglesia se reconoce, ante todo, por la humildad, mediante la cual se ejerce en beneficio de los demás (subsidiariedad), para la unidad y la edificación de todo el cuerpo.

Los pobres y las periferias. La Iglesia que sigue su Señor tiene una solicitud incondicionada por los pobres y está llamada a amar a sus “miembros pobres y afligidos” y a “los que sufren persecución por causa de la justicia” (LG n. 23). Una Iglesia sinodal tiene en su seno el deseo de incluir a los pobres, los marginados y los oprimidos. Esta experimenta la verdad del horizonte apostólico de San Pablo: “*caritas Christi urget nos*” (2 Cor 5,14). Este es el amor que conduce la Iglesia hacia los pobres e impulsa su deseo de llegar a las periferias. Además, la Iglesia necesita comprender la vida de aquellos que se encuentran en los lugares marginales, porque también allí es donde se encuentra Cristo (Mt 25,31 ss.). En este proceso, estamos llamados no sólo para escuchar, sino para escuchar con los pobres, los marginados y aquellos cuyas voces pueden ser silenciadas por nuestras sociedades o cuya presencia puede hacerse invisible. Esto requiere una metodología diferente, una forma de acompañamiento y de caminar con o junto a ellos para que lleguemos a ver la realidad desde su perspectiva. En muchos casos, **esto solicita una conversión hacia la marginalidad, que para muchos será una subcultura.**

Podemos reconocer y afirmar que esto no es fácil, es decir, integrar a los marginados

en procesos en los cuales no han sido, ni han tomado parte como protagonistas. **Las personas marginadas y los que sufren la violencia y la vulnerabilidad de la pobreza suelen decir cosas inusuales e inesperadas;** cosas que a menudo son contraintuitivas y desafiantes. En tal caso, **necesitamos la gracia de permitirles expresar su propia voz y sus modos de expresión** en lugar de intentar absorberlos con categorías convencionales o con el lenguaje institucional. Será necesario permitir que nuestro propio lenguaje y conceptos se enriquezcan simbólicamente y verbalmente a través de las voces e historias de los marginados. **Necesitamos descubrir nuevamente el horizonte imaginativo del Evangelio y del Reino.** En primer lugar, este cambio sólo puede ser sostenido por la convicción y luego por la experiencia que, a través, de todas estas personas, **el Espíritu Santo está hablando a la Iglesia y, a través de ellas, Cristo nos está llamando a nosotros y a nuestro mundo a una nueva comprensión y forma de vivir.**

Los pobres y los marginados, ciertamente, se encuentran en el mundo, pero también en la propia Iglesia. Aquí nos encontramos con otra dimensión de “los pobres”. Las Escrituras los conocen como “**los anawim**” y Jesús los elogia en las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3). Estos son los que dependen completamente de Dios. No tienen a nadie a quien recurrir o los defiendan. Los encontramos en todas las parroquias, en todas las misas y en todas las actividades parroquiales. **Son aquellos que tal vez nunca hablan en una reunión, pero sin su testimonio y presencia, la Iglesia se empobrecería.** Al igual que Jesús observando la viuda en el Templo (Mc 12,41ss; Lc 21,1ss), a menudo hablan el lenguaje de la fe y la devoción. Tenemos que “verlos” y aprender su lenguaje. **La Iglesia sinodal debe tener los ojos de Cristo para ver aquellos cuya presencia silenciosa colma los espacios marginales donde la fe no se ve y que se da por descontada.** Pues, la misma Iglesia es la Iglesia de los “anawim”: los pequeños, los humildes, los que no tienen poder ni estatus, pero son los que Dios aprecia. Estos son los que con su vida

de testimonio y de servicio humilde - en la oración y en la acción - alimentan la Iglesia; son los herederos privilegiados del Reino. María, la Madre de Dios, es una de ellas, si podemos escuchar profundamente, volvemos a oír su canto en sus vidas.

“La Iglesia no puede defraudar a los pobres...” (Papa Benedicto XVI, *Verbum Domini* n. 107). Una Iglesia sinodal se preocupará de dar a todos un lugar y una voz; será creativa al momento de llegar a aquellos que a menudo no se ven, no se escuchan o rara vez se piensa a ellos. Esto podría incluir a otras Iglesias y tradiciones cristianas. También es posible que, en los suburbios de nuestras sociedades y nuestras iglesias, descubramos los santos y mártires de hoy, las comunidades perseguidas, junto con los que se esfuerzan en construir lazos de comunión y de paz entre los pueblos y las religiones.

Como ya hemos señalado, todos estos “dones sinodales” presuponen nuestro anhelo de conversión; un deseo de dejar atrás nuestros propios prejuicios y formas de ver las cosas para dejar que Dios entre en nuestras vidas, en nuestras comunidades y nos enseñe nuevamente las realidades del Reino de Dios; de abrir nuestros ojos para ver de nuevo el mundo en el que vivimos, con su dolor y su belleza, su pérdida y su esperanza; de abrir nuestros corazones para ver a Cristo en medio de nuestras realidades y volver a escuchar su voz: “ven a seguirme”.

La conversión es el presupuesto de la aventura y el riesgo de la fe en Cristo y en el Dios que él revela. Es en este proceso de ‘morir a sí mismo’ que podemos vivir para Cristo y servirle más plenamente (cf. Filip 1,21ss). Es la gracia que se da siempre para cambiar, para empezar de nuevo, para vivir dentro del ‘más allá del Espíritu Santo’. No es un programa de autotransformación, que podemos hacer por sí solos. Es el don que sólo Cristo puede dar, porque sólo él garantiza que es un don de Dios. Y este don de la gracia puede llegar de diferentes maneras, ya sea como una sorpresa repentina o después de un

largo periodo de búsqueda; pero cuando llegue, o como llegue, sólo podemos dar una respuesta: 'sí'. En ese momento, reconocemos que no estamos solos; tenemos muchos amigos que también han dicho "sí" y están en el camino de la conversión con nosotros. Ellos pueden siempre ayudarnos a valorizar el don y a mantenerlo vivo, porque es el "sí" a la vida, al Dios de la vida. Por lo tanto, el proceso sinodal es un camino de conversión, un "sí" al Dios de la vida y a la Iglesia cuya misión es "para la vida del mundo".

El proceso sinodal es un itinerario que hacemos juntos en el misterio de la vida y la misión de la Iglesia. Como en todo itinerario, habrá momentos de confusión, dudas, desacuerdos y cansancio. En esos momentos, necesitamos la fe y la sabiduría de los que caminan con nosotros, especialmente la gran comunión de los santos, y todos los que nos han precedido "marcados por el signo de la fe". Ellos pueden mostrarnos que los grandes dones de la fe, la esperanza y el amor se viven por Cristo en nuestras relaciones con los demás, especialmente con el prójimo, sobre todo con el prójimo que padece necesidad.

También, en estos momentos necesitamos que nos sostengan los dones teológicos de la fe, la esperanza y el amor, que encuentran su expresión en gestos de paciencia, perseverancia, reconciliación y cuidado. Estamos llamados a caminar juntos, a invitar a todos al "banquete de la vida" del cual participa toda la creación. Entonces, juntos en la plena comunión de la vida de Dios, podremos unirnos al gran himno de alabanza por la victoria del amor de la Trinidad:

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3, 20-21)



Nuestra Señora del Camino Theotokos Hodegetria

I

Mostrando el camino

Uno de los iconos más antiguos y venerados de María, Madre de Dios, es conocido como la 'hodegetria': ella es quien muestra el camino. Al concluir estas reflexiones, nosotros podemos encontrar en María aquella que encarna todas las dimensiones de la espiritualidad para la sinodalidad que hemos tratado de delinear. Ella es la que acompaña la Iglesia en su camino sinodal. Como está representada en el icono, Ella es quien siempre dirige nuestra atención hacia su hijo, hacia la fuente de nuestra salvación y la meta de nuestra esperanza. Todos los padres reconocerán el sencillo gesto de María. En este movimiento natural de amor, María abre el camino de la Iglesia peregrina. También señala el camino a toda la humanidad que busca la salvación y la plenitud de la vida.

María, la madre de Dios, está siempre con nosotros en el camino sinodal, pues es "Madre de la Iglesia" (*Mater Ecclesiae*); madre de todos los que son compañeros y discípulos de su hijo. Cuando nos sentimos dispersos, desorientados o indecisos sobre el camino, sólo tenemos que dirigir nuestra mirada hacia Ella para que nos indique el camino.

María no habla. No es necesario que lo haga. Sólo tiene que dirigir nuestra mirada a su hijo. En su gesto sin palabras, resume toda la misión de la Iglesia. Incluso cuando el Pueblo de Dios está "in vía" - en camino - siempre está en misión. Las dos cosas no pueden separarse, porque sólo existe un camino y un objetivo de nuestro deseo, una

fuelle de nuestra vida y nuestra esperanza: Jesucristo.

En el camino nos convertimos a la comuni3n a la cual el Esp3ritu nos ha llamado. Al caminar juntos, descubrimos que tenemos mutua necesidad para participar en la misi3n que hemos recibido. No importa c3mo caminemos, lo que traigamos, aunque a veces necesitemos que nos lleven, no somos nunca una carga. Sea cual sea nuestro estado o condici3n, podemos mostrar el objetivo de nuestro amor y la fuente de nuestra esperanza y alegr3a: Jesucristo, nuestro Se1or y Salvador, Hijo de Dios e hijo de Mar3a.



II

Caminando juntos

En cierto sentido, toda la vida de María es un camino: el camino interior de entregarse al designio de Dios, incluso cuando ella no comprende a dónde la conducirá, y cuáles son los caminos físicos que trazan su vida: los caminos de Nazaret a Belén, el camino de refugiados en Egipto y el largo camino de regreso. La encontramos en los viajes de peregrinación de su pueblo cuando viajan para celebrar en Jerusalén los grandes festivales de la historia peregrina de Israel. La encontramos en el camino más duro de todos: siguiendo a su hijo en la noche oscura del Calvario y el Gólgota.

La encontramos en la intimidad del silencio de Dios, como una madre que espera el anuncio de una nueva vida; que espera oír la llamada de su hijo resucitado y seguirlo en el camino de la resurrección. Para María, independientemente, del tipo de viaje que sea, del exilio o del regreso, sólo hay un viaje: el de la fe en su hijo, Jesucristo, quien es su camino.

Con su hijo, María conoce todos los caminos que cada uno de nosotros debemos recorrer. Ella es verdaderamente "Nuestra Señora del Camino". También, ella ha aprendido



como escuchar y responder a la Palabra que le llega en medio de la rutina de la vida cotidiana, la oración, el culto y la familia. Ha aprendido a decir la verdad con humildad, porque ella también es una de los 'anawim'; para anunciar la llegada del Reino de Dios; para servirlo con fe inquebrantable y con valentía, no solo su propio camino sino aquel que Cristo recorre.

Uno de sus primeros viajes es la Visitación. Aquí, María nos indica que, el camino sinodal debe proclamar la obra poderosa de Dios, este también será un camino intergeneracional. Al emprender el viaje hacia la casa de Isabel, podemos observar que los dones de los 'ancianos' son necesarios para reconocer, apoyar y alimentar las gracias de las generaciones más jóvenes. Al igual que la joven María de Nazaret, necesitan quienes puedan darles un hogar mientras las gracias que poseen tienen tiempo para crecer. Al encontrar en su prima una compañía acogedora y comprensiva, María e Isabel son ya testigos de la nueva comunidad que Dios está formando. Juntas pueden entonar el canto profético y alegre que anuncia la venida del Reino de Dios.

El canto de María e Isabel no nace de un texto preparado de antemano, sino del Espíritu que se mueve dentro de ellas. A partir de su propia experiencia, disponen de un "canto nuevo" que concentra la totalidad de la propia tradición. En su canto común y su voz simultánea, sólo pueden proclamar lo que Dios ha hecho por ellas. Aunque están dentro de la tradición profética de Israel, no son mujeres que miran hacia atrás. Son mujeres que caminan hacia el futuro que ya conocen por la experiencia de la gracia de Dios en sus vidas.

La vida de estas dos mujeres está vinculada para siempre. Saben que sus vidas ya no les pertenecen, puesto que han adherido a la futura misión de Dios y a la comunidad que aún está naciendo.

María e Isabel anticipan la Iglesia profética. Su presencia nos recuerda que hablamos mejor cuando lo hacemos desde nuestra experiencia de la gracia de Dios en nuestra propia vida. En el camino de María hacia su pariente Isabel, y en la respuesta de ésta, se nos muestra el camino hacia una comunidad sinodal de acogida, refugio y alegría. De ellas, aprendemos que de la escucha de la Palabra nace la recepción y la acogida del don inesperado de Dios, para quien nada es imposible. Juntas, María e Isabel, y todas las generaciones que entran en su canto, son ya la comunidad de la esperanza donde nunca fallarán las promesas de Dios en Cristo.



III

El camino en el cuidado fraterno

En los evangelios, encontramos que ella está siempre en camino con Cristo, a veces ansiosa y protectora por su seguridad, pero siempre siguiéndolo con un amor discreto, atento y cuidadoso. Tenemos la sensación que, así como ella hizo un hogar para Jesús, también hace un hogar para sus discípulos y para todos los que lo siguen. Porque él es su casa, ¿cómo no podría vivir la gracia de la hospitalidad? ¿Cómo no podría ocuparse de aquellos por los cuales él se preocupa?, especialmente por los pobres y los marginados, para quienes él tiene un lugar especial en su corazón. Su puerta siempre está abierta para los que lo buscan, siempre está dispuesta a



guiarnos hacia Él, especialmente a aquellos que más lo necesitan. En este sentido, María es madre del Reino; madre de todos los que, como ella, viven en y para su hijo y el Dios que él revela.

Al pie de la cruz, de su hijo sufriente y Señor, se confirmó su misión: ser la madre de la nueva comunidad que nace de su sacrificio. Al pie de la cruz, la encontramos reunida con su comunidad de mujeres fieles unidas por el amor y la amistad más allá de los vínculos naturales de la familia. Juntas, no temen ser vistas como las que lo aman; dar testimonio de él cuando todos han desertado y están atemorizados. A través de su larga vigilia de su sufrimiento, poniendo en riesgo sus propias vidas, muestran un amor que es más fuerte y más duradero que cualquier poder mundano. Con estas mujeres, María espera recibir en sus brazos el cuerpo torturado y sin vida de su hijo y depositarlo en el sepulcro, devolviéndolo al Dios Padre quien se lo confió.

Incluso, aquellos discípulos y seguidores que abandonaron a Jesús en esa hora terrible siempre tuvieron un hogar, fueron recibidos por Ella y las mujeres que solidarizaron y la acompañaban en esos momentos. Esta es su gracia; es la gracia de una Iglesia sinodal a la que María y estas mujeres de sorprendente amor y fe siguen llamándonos. Ellas nunca dejaron de ser testigos para las generaciones futuras que, por mucho que se alejen, nunca serán abandonadas. Siempre tendrán un hogar.

IV

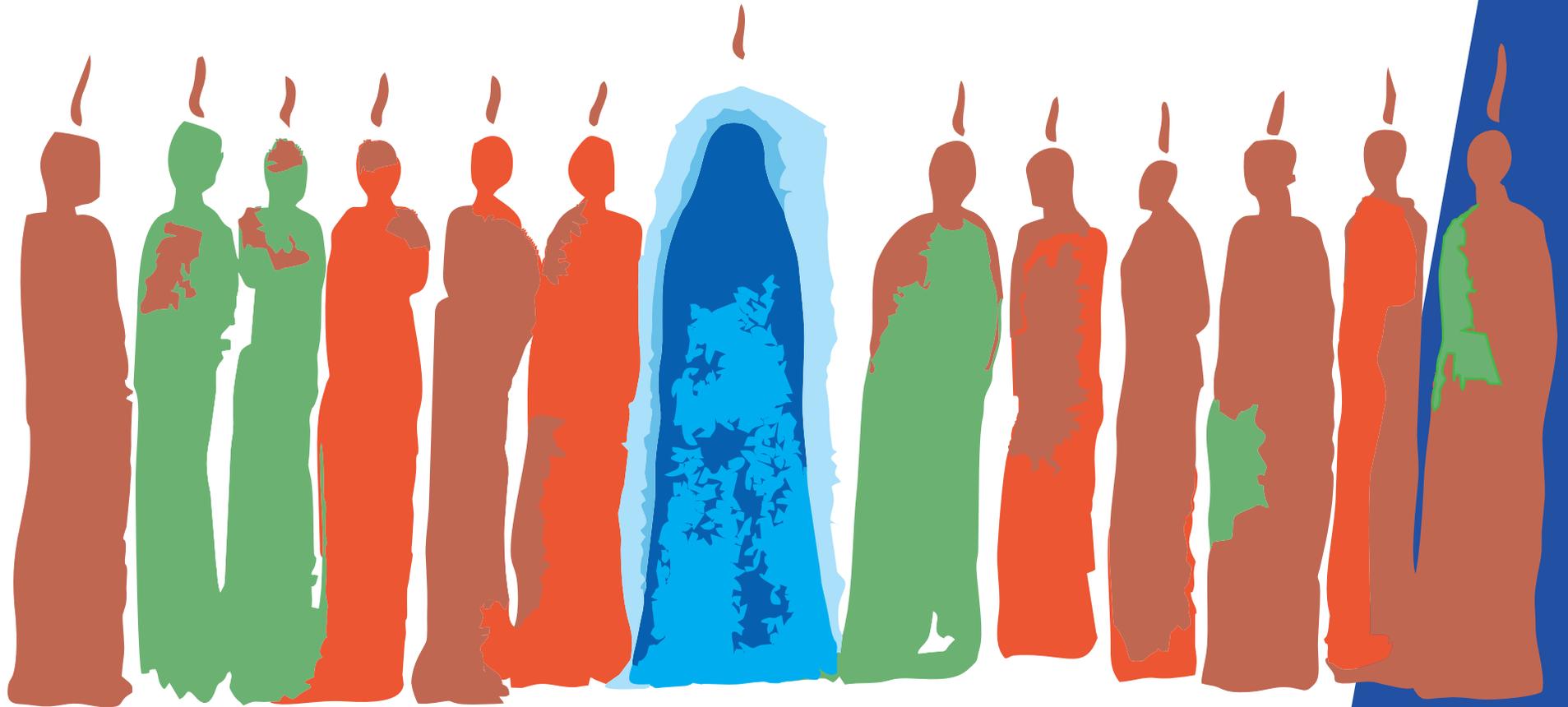
El viaje de un Magnificat de Pentecostés

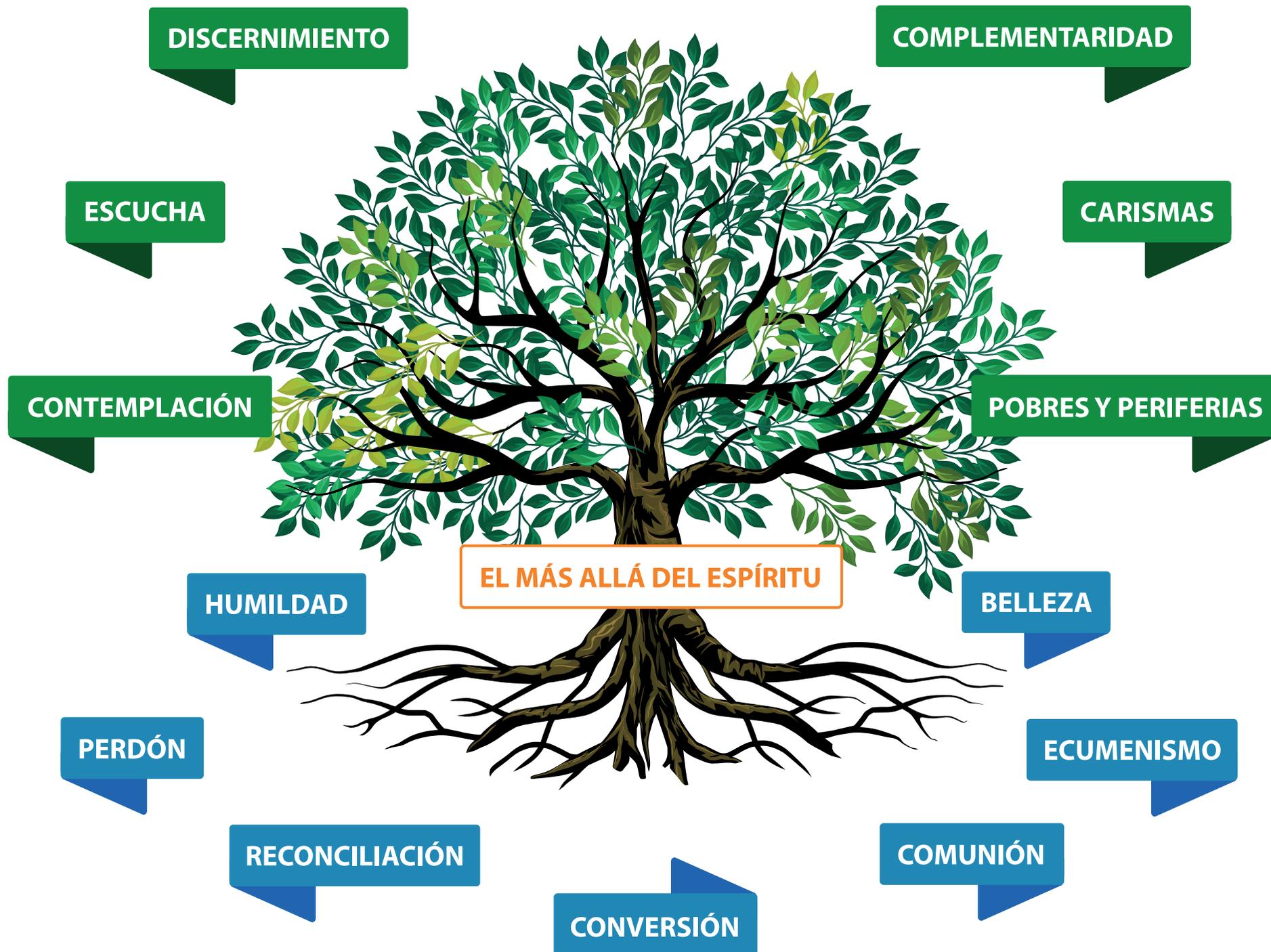
No es una sorpresa que encontremos a María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, refugio de los pecadores y de todos los que buscan un hogar, con los discípulos en Pentecostés, pues nadie mejor que ella sabe cómo el Espíritu que habita en nosotros hace su hogar.

Una vez más, vemos cómo, sin una palabra, María sigue siendo la fuente profunda y la piedra angular de la verdad para los discípulos de Cristo, que junto a Ella nunca podrán inventar otro Cristo. Mientras, ella esté al centro de la comunidad, ésta siempre sabrá quién es el Señor y Salvador del mundo. En María tenemos una imagen del *sensus fidelium*: todos aquellos que, en cada época, a través del don del Espíritu Santo, conocen a Cristo mediante el amor en sus corazones, expresan su verdad en sus vidas y permanecen infaliblemente firmes en la fe y fieles a Él y a su Iglesia. Lo mismo que sucede en ella, "*Theotokos*" - Madre de Dios -, de tal modo, en ellos no se extingue ni se apaga la llama de Pentecostés. Por muy oscuro que sea el camino que hay que recorrer o por muy difícil y poco marcado que sea, la luz del Espíritu Santo sigue guiando al santo Pueblo de Dios.

Con María aprendemos a caminar como Iglesia sinodal. Y aprendemos a sentirnos en el mundo como nuestra casa y a hacer como ella un hogar para todos los que tienen necesidad, un lugar de acogida y de refugio, de sanación y de salvación, un lugar de reconciliación, de paz y de seguridad de la vida eterna. Esta es la Iglesia que anhelamos y necesitamos. En algún momento, todos nos convertimos en refugiados que buscan una patria. Con María, Madre de la Iglesia, aprendemos a hacer que

la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, se convierta en un lugar de este tipo, en un pueblo de auténtica comunión, de participación y de misión. Con ella, aprendemos a decir nuestro "*fiat*" en todas las circunstancias de nuestra vida y a unirnos al gran coro de la fe que resuena a través de los siglos, "*Magnificat anima mea dominum*" – "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador". Mientras ese coro no se interrumpa, el mundo tiene una esperanza segura; si continúa el gran canto, encontrará su camino hacia el inestimable don de la vida que es Jesucristo.





“Con María aprendemos a caminar como Iglesia sinodal. Y aprendemos a sentirnos en el mundo como nuestra casa y a hacer como ella un hogar para todos los que tienen necesidad, un lugar de acogida y de refugio, de sanación y de salvación, un lugar de reconciliación, de paz y de seguridad de la vida eterna.”.



www.synod.va